

THOMAS
MANN
FIORENZA

En su obra de teatro *Fiorenza* (montada en nuestro país en 1993 por Juan José Gurrola), Thomas Mann teje de manera gradual un dramático enfrentamiento entre el prior de San Marcos, Jerónimo Savonarola y Lorenzo de Médici, el Magnífico. Alrededor de ellos gravita una corte de artistas y pensadores como Pico de la Mirandola y Marsilio Ficino, así como el cardenal Juan, hijo de Lorenzo y futuro Papa León X. El tema de trasfondo es la lucha entre virtud (representada por Savonarola y su creciente popularidad en la Florencia renacentista del siglo xv, con sus arengas contra la corrupción y podredumbre de una ciudad entregada al placer) y belleza (encarnada en Lorenzo y su obsesión por el arte). En medio de la lucha se encuentra la hermosa Fiore, amante de Lorenzo y blanco de ataques de Savonarola, como alegoría de la belleza y de la decadencia de la propia ciudad. En el diálogo entre los antagonistas Lorenzo pregunta, «¿Debemos ver el mundo dividido en dos mitades hostiles? ¿Usted dice que el espíritu y la belleza se oponen?», a lo que Savonarola responde, «Son opuestos, sostengo la verdad que he padecido. ¿Quiere usted una prueba que le demuestre que estos dos mundos son irreconciliables y eternamente extraños uno al otro? El deseo. ¿Lo conoce? Donde se abren abismos, los une con su arco iris, y donde existe abre abismos».

Mann plasmó a la perfección los resortes del poder, ya sea que se sustente en categorías terrenales o espirituales, ya sea que glorifique el placer de los sentidos o la elevada renuncia que pretende purificar el alma. Al final, Savonarola y Lorenzo se revelan como dobles opuestos, y el triunfo temporal del primero mostraría con los años su carácter efímero. Fiore insta al Prior de San Marcos a abandonar el poder y comportarse como un verdadero monje, a quien Mann hace responder con una magistral frase que bien podría

sintetizar la voluntad que mueve a los poderosos: «Amo el fuego».

FIORENZA

PERSONAJES

JERÓNIMO SAVONAROLA, Prior de San Marcos

LORENZO DE MÉDICI, EL MAGNÍFICO

PEDRO

JUAN (El futuro Papa León X)

(Sus hijos)

JUAN PICO DE LA MIRANDOLA

ÁNGEL POLICIANO

MARSILIO FICINO

(Humanistas)

SEÑOR LUIGI PULCI, poeta

GRIFONE

FRANCESCO ROMANO

GHINO LEONE

ALDOBRANDINO ÉRCOLE

ANDREUCCIO SIMONETTO GUIDANTONIO

PANDOLFO

DIONEIO

(Artistas)

PIERLEONI, médico de Lorenzo

NICCOLO CAMBI, burgués de Florencia

OGNIBENE, alumno de Botticelli

GENTILE, paje

IORE, amante de Lorenzo

Guardias, pajes, burgueses de Florencia

Fecha: tarde del 8 de abril de 1492

Lugar: la Villa Médici en Careggi, cerca de Florencia.

PRIMER ACTO

El despacho del Cardenal Juan de Médici. Es una habitación íntima en el piso superior de la villa. Tapicería en las paredes; en los intervalos, estantes repletos de libros y manuscritos enrollados. Ventanas a buena altura del suelo con amplios alféizares. La entrada, disimulada por una tapicería, está en medio de la pared del fondo. A la izquierda, una mesa cubierta con una manta de pesado brocado y encima un tintero, plumas, papeles. En el proscenio, un sillón adornado con el blasón de esferas, en el que se apoya el mango de un laúd. En la pared de la derecha, un cuadro grande de tema teológico. Estante con vasijas artísticas.

I

En el sofá, en primer plano a la derecha, está sentado el joven cardenal Juan —diecisiete años, pequeño bonete rojo, ancho cuello blanco y esclavina roja— rostro bonito, tierno, espiritual. Cerca de él, en el sillón, Ángel Policiano, lleva un largo vestido, oscuro y plisado, con mangas ahuecadas, cerrado alrededor del cuello con ribete blanco. Su rostro bondadoso y sensual, enmarcado con bucles grises, de nariz corva y boca arrugada, está vuelto hacia el cardenal, quien, muy miope, juega con sus lentes de aro. Unos libros —algunos abiertos— están en desorden sobre el mantel de la mesa. Policiano sostiene uno entre sus manos.

DIANO: Y ahora, Juan, amigo e hijo de mi gran y bienamado amigo Lorenzo, vuelvo a la esperanza, al deseo más legítimo y fundado, que, como yo, el mundo sediento de sabiduría formula al mirarte... No pienses que descuido las consideraciones que debo a tu augusto rango en la jerarquía sagrada.

: Perdóneme, maestro Ángel. ¿Ha oído usted decir que, recientemente, en la catedral, el Padre Jerónimo ha declarado que, en la jerarquía de los espíritus, el predicador cristiano se clasifica justo después de la última categoría de los ángeles?

DIANO: ¿Cómo? Quizás... Puede que algo de eso haya oído. Pero en fin... Lo que quisiera hacerte evidente es que el vicario de Cristo del cual, según el curso probable de los acontecimientos, serás llamado un día a llevar la tiara, no irá en contra de su misión sagrada al acoger favorablemente mi deseo, que es el de todos los amantes de la hermosa sabiduría. Se trata de la santificación de Platón, Juan, ya lo sabes. Es divino, y hacer de él un dios es sólo un mandato de la razón. Que este acto razonable y magnífico le esté reservado a un Papa de la casa de los Médici, no solamente lo leen en el cielo los astrólogos sino que conforma un orden lógico y verosímil. Sin duda alguna, Cristo no podría sino aprobar la canonización del antiguo filósofo. Las sibilas profetizaron muchas veces la venida de Cristo. No creo necesario recordarle a mi alumno los versos tan alusivos de Virgilio. El mismo Platón, según tradición fidedigna, lo anunció en términos muy claros y podemos leer en Porfirio que los mismos dioses habían reconocido la piedad y la devoción extraordinarias del Nazareno, afirmando su inmortalidad y que, en suma, le habían otorgado el más favorable de los testimonios... En fin, Juan mío, quieran los dioses permitirme vivir el día en que colmarás el deseo que no dejo de someter a tu corazón... Porque ese día verá el más bello fruto de nuestros comunes estudios platónicos... (A/

ver que el cardenal ríe pare sus adentros) ¿Puedo preguntarte el motivo de tu hilaridad?

: ¡Nada... nada... nada, Maestro Ángel! Estaba recordando que el Hermano Jerónimo ha dicho recientemente en la catedral que en los diálogos de Platón reina una «virtud obscena...». ¿No le parece divertido...? ¡Ja, ja! ¡Qué puntería...! De todos modos...

IANO (Después de un silencio): Estoy disgustado, señor Juan, y no me falta motivo. Toda la tarde ha estado distraído y en las nubes durante la lectura. Pensé que su falta de atención se debía a la inquietud y a las preocupaciones de esta hora poco propicia. Su magnífico padre está enfermo, muy enfermo; todos tememos por su vida pero tenemos puestas todas nuestras esperanzas en los remedios que le ha recetado el médico judío de Pavia; además, me parece que precisamente en las horas de congoja y de pena, la filosofía debería ser nuestra consoladora más noble y mejor recibida. A pesar de todo, comprendería muy bien que el pensamiento de su padre distrajera su espíritu del estudio. Pero cuando el hecho es que se preocupa más bien de... de Fray Jerónimo, ¡ese religioso risible, ese grotesco monjecillo mendicante!

: ¿Y quién podría no pensar en él...? ¡Perdóneme, Maestro Ángel! ¡Vamos! ¡No se enfade! ¡Sea amable! La ira no le queda. Usted tan sólo debería expresar pensamientos bellos, medidos y límpidos. ¿Acaso no lo quiero? ¿Quién mejor que yo conoce casi todas sus octavas y toda su *Fiesta* en hexámetros latinos...? ¿Entonces...? Pero en cuanto al de Ferrara, realmente tengo ganas de hablar un poco de él. A pesar de todo, debe usted reconocer que es un hombre singular y fascinante. Es prior de una orden mendicante y debemos despreciar a las órdenes mendicantes. Son objeto público de burla y, durante cada una de mis estancias en Roma, he sabido que representan un estorbo para la Iglesia. Pero he aquí que uno de esos *frati* despreciados y vili-

pendiados se yergue y, gracias a sus insólitas dotes, triunfa no sólo de todos los prejuicios respecto a su estado, sino que además sabe conquistar la admiración pública...

IANO: ¿Admiración? ¿Y quién lo admira? ¡Yo no! ¡Desde luego que yo no! El pueblo venera en él a uno de sus iguales.

: ¡No, no, no, Maestro Ángel! ¡No es de la misma esencia que el pueblo! ¡Y no sólo porque pertenece a una antigua familia burguesa muy considerada en Ferrara! Lo he escuchado muchas veces en Santa María de la Flor y le aseguro que conservo de él impresiones extraordinarias y muy complejas. Carece de cultura y de gracia en un grado espantoso, se lo concedo, pero si se lo observa con más atención, parece que su cuerpo y su alma son de naturaleza extraordinariamente delicada. Cuando habla desde el púlpito, la fuerza de su propia pasión lo agita de tal modo que se ve obligado a sentarse y se dice que después de cada sermón su agotamiento lo obliga a guardar cama. Su voz es singularmente suave, sólo su mirada y su gesto parecen darle a veces la fuerza espantosa del trueno. Mire, le voy a confesar algo... En ocasiones, cuando estoy solo, tomo mi espejo de Venecia y trato de imitarlo cuando fulmina contra el clero. (*Imitándolo*): «Pero ahora voy a extender mi mano, dice el Señor. ¡Heme frente a ti, Iglesia venal, libertina, infame, indigna, impúdica! ¡Mi espada se abatirá sobre tu nepotismo, sobre tus lugares de escándalo, sobre tus prostitutas, tus palacios y sentirás el peso de mi justicia!». Sí, claro. Pero yo, como puede ver, no lo logro. Sería un lamentable predicador de penitencias. ¡Florencia, joven insolente, se burlaría de mí! ¡Pero, por muy cardenal que yo sea, destinado a convertirme en Papa, y aunque él no sea más que un pobre fraile mendicante, soy mucho menos capaz que él de vaticinar el porvenir, Maestro Ángel! ¡Un año antes, anunció la muerte del Papa y de mi padre, el Magnífico, y quiera Dios que esta profecía no se cumpla del todo! Pero el hecho es que ahora, el sibarita que ha escogido con tanta ironía el nombre de Inocencio yace desde hace varias semanas en

un triste letargo, al grado de que por momentos toda la Corte lo cree muerto, y mi padre está tan enfermo que esta mañana le han aplicado la extremaunción. Lo cual por cierto parece haberlo vigorizado lo suficiente como para proferrir una agudeza, aunque con voz muy débil. Pero...

JIANO: Tu padre se he propasado durante el carnaval, eso es todo. Las fiestas organizadas por los artistas han sido particularmente desenfrenadas y Lorenzo siente por la belleza y el placer un ardor tan irresistible que descuida su salud. Apura la copa del amor y del goce como si su cuerpo fuera tan invencible como su alma maravillosa. Y no es así. Un niño hubiera podido predecir que algún día recibiría una lección al respecto. Y ¿quieres atribuirle ese mérito a tu monje, como si fuera un milagro? ¡Vamos, Juan! Eres un joven loco, o te burlas de mí, lo cual es más probable. ¿También acaso me vas a hablar de sus visiones? ¿Decirme cómo, de vez en cuando, el cielo se le entreabre y oye voces y ve llover espadas, flechas y fuego? Admito que el buen *frate* crea en sus revelaciones y apariciones, y que esto sea debido a su ridícula ingenuidad. Pero si fuera un poco más instruido, más culto, si en sus aptitudes y estudios hubiera menos desorden y confusión, creo que todo esto se esfumaría...

: Estoy convencido de ello. Es perfectamente exacto. Nosotros somos demasiado instruidos y cultos como para tener visiones, y si las tuviéramos, no creeríamos en ellas. Sin embargo, a su manera, tiene éxito, Maestro Ángel.

JIANO: Nadie tiene derecho a hablar de éxito, si sólo ha conquistado a la plebe halagando sus miserables instintos. ¡De lo contrario, Florencia tendría que sonrojarse ante toda Italia por el éxito de este repugnante capuchino! Sólo una vez he oído predicar en la catedral a este prior de San Marcos tan ensalzado ¡Y por todas las gracias, las musas y las ninfas! ¡Nunca más lo volveré a hacer! Pensaba ser algo conecedor en materia de elocuencia, pero sin duda estaba equi-

vocado. Se creía antes en Florencia que un predicador era digno de admiración por la selección medida y noble de sus movimientos, de sus palabras y de sus giros, por su vasto conocimiento de los autores antiguos que atestiguaban las citas sabiamente ordenadas, las sentencias llenas de profundidad, la pureza y elocuencia del lenguaje, el timbre hermoso de la voz, la construcción magistral de los períodos y la caída armoniosa de las sílabas. Pero parece que todo esto son frivolidades. ¡El colmo de lo sublime es que un bárbaro enfermizo con ojos encendidos y gestos frenéticos gima sobre la decadencia de la castidad, rebaje la cultura y las artes, vitupere a los poetas y a los filósofos, y se refiera exclusivamente a la Biblia, como si no estuviera escrita en un latín verdaderamente abominable! Y por si fuera poco, ¡que además tenga la insolencia de difamar la vida y el gobierno del gran Lorenzo!

(Se ha levantado y recorre agitado la habitación mientras el cardenal lo observa con placidez a través de sus lentes).

: ¡Por la Virgen Santa, Maestro Ángel, vaya enojo! ¡Se obstina en ver las cosas bajo un solo ángulo, casi como el mismo Fray Jerónimo! ¡Prosiga! ¡Sus palabras me llenan de alegría! ¡Dígalas con mayor mordacidad, en términos aplastantes! «Epicúreos y puercos...». Él ha hablado de epicúreos y puercos. Estas palabras se han vuelto populares. Se refería a los amigos de mi Padre, a Ficino, al señor Pulci, a los artistas y seguramente a usted también, je, je...

IANO: Escuche, Su Señoría...

: ¡Vamos, vamos! ¿Qué le pasa? ¿Lo quiero o no lo quiero? ¿d tiene razón, en lo que se puede tenerla...

IANO: No digo tener la razón, ¡digo que desprecio a ese gusano porque cree poseer la verdad! ¿Qué le costaría una sonrisa?, ¡oh, dioses! ¿Una pequeña burla discreta? ¡Bastaría una sutil palabra de duda y de superioridad, por encima del pueblo, dirigida a nosotros, a las personas cultas, para

que le perdonara todo! Pero no, nada de eso. Un anatema siniestro y estúpido lanzado contra la incredulidad y la inmoralidad, contra el gusto por la ironía, el vicio, la sensualidad y los placeres carnales...

(*Retorciéndose de placer*): *Vaccae pingues*... ¡Ah, Dios mío! ¿Sabe usted lo que ha dicho de las vacas gordas que pastan en la montaña de Samaria? Lo mencionó al comentar a Amos. «Estas vacas gordas», dijo, «¿quieren saber qué simbolizan? Simbolizan a las cortesanas, los miles y miles de cortesanas gordas de Italia». ¡Qué maravilla! ¡Qué increíble! No diga lo contrario. ¡Hace falta tener fantasía para decir algo así, es una imagen divertida, inolvidable! ¡*Vaccae pingues*! Ya no puedo ver una vaca gorda sin pensar en una ramera, ni a una sacerdotisa de Venus sin que me recuerde a una vaca gorda. Además, me ha permitido darme cuenta de algo. En una frase ingeniosa o en una representación chusca reside el mejor antídoto contra el deseo carnal. ¿No soy gazmoño, verdad? Las estatuas, la pintura, los versos, la música, las bromas me llenan de placer y mi único deseo es poder llevar una vida serena y apacible consagrándome a tan bellas cosas. Pero le aseguro que a veces siento que las tentaciones amorosas pueden ser una molestia. Perturban mi equilibrio, mi amenidad, me agitan de manera desagradable... En fin, dejemos esto. Ayer, en la Piazza, pasó al lado de mi litera Pentesilea, la gorda que vive en la Puerta de San Gallo, la miré sin el menor asomo de tentación, créame. Pero me ganó una risa tan incontenible que tuve que correr las cortinas. ¡Caminaba exactamente como una vaca gorda pastando en el monte de Samaria!

IANO (*Algo divertido*): ¡Qué niñerías, Juan, con tus vacas! ¡Doña Pentesilea es una mujer muy bella, posee una gran cultura humanista y artística, no merece en nada tu comparación! Por cierto, me alegra que te burles de tu hermano, el predicador de cuaresma.

: ¡Se equivoca! ¡Totalmente! ¡No puedo tomarlo más en serio! ¿Acaso puede ser de otra manera? ¡Es un hombre famoso! Nuestra querida Florencia no suele perdonar con sus chistes a quien, careciendo de talento, se exhibe públicamente. Pero él la ha trastornado. Hay que concederle por lo menos una religiosidad y una experiencia del cristianismo poco comunes.

IANO: La experiencia del cristianismo... ¡Perfecto! ¡Cuando no se sabe nada, se echa mano de la experiencia del cristianismo, de la iluminación, de la aventura interior! Reniega de los Antiguos, lo tienen sin cuidado tanto Craso como Hortensio o Cicerón. Ni siquiera tiene el grado de doctor en teología y desprecia todo el saber del mundo. Lo único que conoce, sabe y quiere es a él y sólo a él; nada más habla de él, sea cual fuere el tema tratado. Sí, llega a utilizar anécdotas de su vida privada, buscando darles un significado más profundo, ¡como si un hombre culto, un hombre de gusto, pudiera conceder la menor importancia a las aventuras de semejante búho! Hace algunos días, en la imprenta de Antonio Miscomini, tuve entre las manos un ejemplar de su tratado, *Del amor por Jesucristo*, que en poco tiempo va en su séptima edición, lo cual es grotesco. Como el digno fraile refuta el magnífico diálogo de Platón, sentía curiosidad por saber lo que él puede decir acerca del amor. Lo que encontré, amigo mío, es repugnante más allá de toda expresión. Una mezcla desordenada y apasionada de sensaciones oscuras, de premoniciones delirantes, febriles, de estados psíquicos intermedios, íntimos, que en vano buscan expresarse en una forma verbal plástica. Sentí vértigo, náusea. Hablando en serio, comprendo muy bien que este tipo de estudios ha de ser una ocupación agotadora, comprendo sus desfallecimientos y desmayos. ¡En lugar de huir lejos de su estimable familia y refugiarse en el claustro y en la santidad, en lugar de contemplar fijamente, entre las paredes de una celda desnuda, sus tinieblas interiores, este loco hubiera debido instruirse un poco, clarificar y aguzar

su mirada para percibir la sustancia variada y espléndida del mundo exterior! Sabría entonces que la creación no es martirio ni maceración, sino alegría, que todo lo que es bueno se hace con una ligereza feliz. Yo he escrito mi drama *Orfeo* en unos cuantos días. ¡Mis cantos brotan de mis labios ante la belleza de este mundo, bebiendo vino durante una fiesta, sin que por ello tenga que irme luego a guardar cama...!

: ¡A menos que sea por culpa del vino...! Sí, Maestro Ángel, usted es la luz de este siglo. ¿Quién puede igualarlo? Nadie ve el mundo con tanta suavidad como usted. Nadie canta con tanta gracia las alabanzas de un bello mancebo. ¿Acaso Fray Jerónimo habrá pensado que un ambicioso debía proceder de una manera algo diferente para poder rivalizar con usted?

IANO: ¿Te estás burlando?

: No lo sé. Me pregunta demasiado. Nunca sé cuando me burlo y cuando hablo en serio... ¿Qué pasa?

GUARDIA DE LAS PUERTAS (*Levantando la tapicería que disimula la entrada*): El príncipe De la Mirandola.

: ¿Pico? Es bienvenido. ¿Verdad, Maestro Ángel? ¡Sea amable! ¿Lo amo o no lo amo? Tiene usted razón, me doy por vencido, ¡Fray Jerónimo es un murciélago...! Ya, ¿está contento? Hay que discutir un poco, ¿verdad? Si usted se hubiese puesto de su lado, yo lo habría atacado con todas mis fuerzas. ¡Aquí está Pico! ¡Buenos días, Pico!

IANO: ¡Por qué no eres menos amable, pícaro, para que al menos se te pueda odiar un poco...!

II

Juan Pico de la Mirandola entra rápidamente, deja su abrigo en manos del sirviente y camina con paso rápido hacia el proscenio. Es un joven petulante, elegante, vestido con

telas de seda; lleva largos bucles rubios, bien peinados, tiene nariz fina, boca afeminada y papada.

: ¿Cómo sigue el Magnífico...? Buenos días, Vannino. Hola, Maestro Ángel... ¡Uf, muero de calor! ¡El que de ustedes dos sea mi amigo, señores míos, mandará traerme una limonada, tan fresca como las aguas del Cocito! (*El cardenal, indicándole a Policiano que no se mueva, se dirige hacia la puerta y da la orden*) ¡Por Baco, tengo la lengua pegada al paladar! ¡Qué calor tan fuerte en abril! ¡Estaban dando las tres cuando pasé por San Stefano in Pane, y todavía no refresca! La verdad es que vengo de Florencia a rienda suelta. Comí en casa de sus parientes los Tornabuoni, Juan, y me demoré allí demasiado tiempo. Hay que reconocer que en la casa Tornabuoni se come de manera notable. Sirvieron capones traídos de Francia, hijo mío, de una ternura que te hubiera deleitado. Sí, la vida tiene sus placeres. ¿Y Lorenzo...? Hablemos seriamente. ¿Cómo sigue desde esta mañana?

IANO: Su estado parece estacionario desde que lo vio Su Señoría. El cardenal y yo estamos esperando el informe de su médico privado en relación al efecto de la pócima de piedras preciosas destiladas que el señor Lazzaro de Pavia le ha hecho tomar a nuestro amo, y para dar alas a estas horas penosas, nos hemos dedicado un poco al estudio, hasta que un tema indigno nos distrajo considerablemente... Pero el Maestro Pierleoni no nos ha comunicado todavía ninguna novedad. ¡Ah, querido señor, empiezo a dudar de las virtudes maravillosas de esta pócima tan ponderada! Su inventor ha salido de Careggi a toda prisa, después de haber recibido a cambio, dicho sea de paso, honorarios exorbitantes y de habernos prescrito que esperemos el efecto favorable de su remedio. ¡Ah, ojalá y se manifieste! ¡Mi gran maestro bienamado! ¿Te habré salvado, hace catorce años, de los puñales de los Pazzi, en la catedral, sólo para que ahora, en la cúspide de tu vida, un mal pérfido te arranque